

Chief rebel angel

Patricio Jara

La puerta se abrió sin crujidos porque era una puerta nueva, con las bisagras aceitadas y perfectamente ajustada al dintel. Adentro no había olor a encierro ni polvo en suspensión, de modo que al cabo de un recorrido más bien protocolar (habían visitado la casa al menos cuatro veces antes de firmar el contrato de compra), el empleado de la corredora dijo buenas tardes y se fue. La madre y su hijo lo vieron salir desde el ventanal del comedor. Cuando el hombre cruzó la calle y se perdió en la siguiente cuadra, ella bajó las persianas y la planta baja de la casa quedó en penumbra. Entonces ambos subieron las escaleras hasta el segundo piso, pero de pronto el niño se cansó y le pidió a su madre que lo tomara en brazos. Venga, mi amor, le dijo. Una vez arriba, caminaron por el pasillo rumbo al dormitorio principal. Ella dejó a su hijo en el suelo, sentado en una esquina, y fue a su cartera, sacó una espátula y comenzó a quitar el piso de parquet con certeros golpes; los rectángulos de madera crujieron, saltaron y se astillaron como huesos viejos hasta descubrir una enorme estrella de cinco puntas que había debajo; un pentagrama de bordes negros, como si hubiera sido marcado con fuego.

Hemos vuelto, dijo la madre.

Hemos vuelto, repitió el niño.

Attera totum sanctum, dijo la madre.

Attera totum sanctum, repitió el niño.